

Alessandro Baricco

Seda



Tomado de <http://bit.ly/2wDp5ae>

Seda
Alessandro Baricco
Editorial Anagrama
Barcelona, 1997.

Él narraba despacio, mirando en el aire cosas que los demás no veían.

ALESSANDRO BARICCO, *Seda*.

Seda es una novela corta publicada en 1996 y llevada al cine por el director François Girard en 2007 (*Silk*). Cuando Baricco dice “el escritor es la persona que ve un ángel donde los demás no ven nada. Y luego transmite esa experiencia”, está definiendo lo que significa *Seda*, especialmente, si se tiene en cuenta la crítica entre detractores y defensores, dada su estructura y economía.

Pero, ¿qué es *Seda*? En cuanto a la forma, la novela presentada por editorial Anagrama luce un color amarillo cálido muy llamativo acompañado de rojo intenso, negro, blanco y unos bordados de fondo en flores y hojas, en amarillo también. Tiene una tapa dura y consta de 125 páginas. La disposición del contenido en los capítulos se caracteriza por la holgura y porque no excede las tres páginas, lo que resulta visualmente atractivo. El color del papel y la textura son convenientes para el lector, así como el tamaño y tipo de letra.

En cuanto al contenido, los personajes están claramente definidos: Hervé Joncour, Héléne, Baldabiou, Hara Kei y la joven que le acompaña, madame Blanche y el chico que es asesinado por llevar al mensaje a Joncour pero que no tiene nombre

dentro de la novela, solo se sabe que tiene catorce años. El espacio geográfico en el que se desarrolla la historia corresponde a Europa (Francia-Lavilledieu) y Asia (Japón). Según el tipo de lector, la novela puede ser tomada como un relato de viajes en pleno siglo XIX, en el que ocurre algo más que una historia de amor en la que se relatan viajes en busca de gusanos de seda en buenas condiciones. Incluso, si un lector es amante de las embarcaciones, el mar, Marco Polo, el comercio, podría plantear que es una novela que trata del desarrollo del comercio entre Europa y Asia, a partir del mercado del gusano de seda, donde las condiciones de los viajes propician una corta historia de amor. Por otro lado, también se puede afirmar que Baricco adoptó un hecho histórico que se relaciona con el descubrimiento de Luis Pasteur respecto al gusano de seda y toda la problemática en torno a la epidemia que padecían por estos años en Murcia, de lo que se desprende un relato de amor.

Con base en la fecha de la obra ficcional, 1861, se puede deducir que la autoridad de los padres aún determinaba el presente y el futuro de los hijos. Dentro de la novela, el padre de Hervé aspiraba para él la vida en el ejército: “Sí. Así lo ha decidido mi padre”; sin embargo, el poder de persua-

sión de Baldabiau, un hombre solitario interesado en el negocio del gusano de seda, saca a Hervé de la burbuja fabricada por su padre y así emprende un sueño que no era el suyo, sino el de Baldabiau. Este ejercicio tiene unas implicaciones técnicas que a lo largo de la novela se expresan, como la necesidad de conocer el ciclo útil del huevo para que el viaje fuera un éxito, en el sentido de que, pese a las largas horas en barco y a las inclemencias del clima, se conservara en buen estado para tomar la ansiada seda, lo que conllevaba el cumplimiento de unos tiempos por parte de Hervé. Asimismo, están las epidemias propias de este tiempo histórico, entre ellas la pebrina, que hacían que cada vez los viajes le distanciaran más de su pueblo natal, y el hecho de que Siria y Egipto se hayan vuelto insuficientes y él haya emprendido el viaje que marcaría las motivaciones de próximos viajes.

El carácter liviano de Hervé, definitivamente, facilita la trama, o es quizás su simple humanidad, descrita cuando Baricco dice de él que “era, por lo demás, uno de esos hombres que prefieren asistir a su propia vida y consideran impropio cualquier aspiración a vivirla” o cuando afirma: “Hervé Joncour habría respondido que su vida continuaría de ese modo para siempre”. Baldabiau es un hombre que aparece en el pueblo de Hervé con una idea de “dinero” y es tal su convencimiento al respecto que emprende hilanderías e involucra a otros en el negocio. Pero, más allá de su interés por el dinero, era un hombre desprendido, sin mayores compromisos que él mismo y abierto a los demás; así se presentó ante el alcalde, padre de Hervé, para animarle a participar de tal empresa. Ambos caracteres, tanto el de Hervé como el de Baldabiau, favorecieron el proceso.

En las primeras páginas, el autor presenta *grosso modo* parte de la problemática de la obra, como en el caso de Hervé, un

joven de 32 años que no tenía necesidad de emprender los viajes que hizo, dado su estatus (hijo del alcalde), y que resulta metido en el comercio de la seda. Luego comienzan las travesías y sus respectivas implicaciones, momento en el que Baricco aprovecha la repetición al inicio de algunos capítulos para señalar los lugares que debía recorrer el joven cada vez que quería llegar a la isla de Japón. Dicha repetición induce a pensar en las veces que Hervé expuso su integridad física por traer los huevos de gusano, ya que atravesaba los Urales, la estepa rusa, algunos ríos, montes, etc. La película de Girard permite reconocer los espacios geográficos y las condiciones climáticas y de relieve a las que él se enfrentaba.

En este punto del relato, la figura de Hara Kei hace presencia: un hombre sencillo por fuera, pero con el suficiente poder para determinar que podía salir de la isla. Sin embargo, “el único signo visible de su poder era una mujer tendida junto a él, inmóvil, con la cabeza apoyada en su regazo, los ojos cerrados, los brazos escondidos bajo el amplio vestido rojo [...]. Él le pasaba lentamente una mano por los cabellos”. Esta es la joven acompañante, junto a la cual, tanto la obra como la película plantean un hombre mayor. Aquí los *ojos* juegan un papel determinante en los acontecimientos venideros a través del juego de miradas: Hara Kei-Hervé; Hervé-la joven. La curiosidad de Hervé lo llevó a encontrarse con la mirada de la joven: “aquellos ojos no tenían sesgo oriental, y que se hallaban dirigidos, con una intensidad desconcertante, hacia él: como si desde el inicio no hubiera hecho otra cosa, por debajo de los párpados”. Acto seguido, cuando ella toma la taza despacio, esta imagen presenta varias connotaciones: la parsimonia de la vida en ese lugar como detenido en el tiempo y el lastre de ser mujer en el siglo XIX, algo así como un objeto comerciable e inferior, lo que se refleja en

En el transcurrir de la novela queda al descubierto el ambiente de vida de Hara Kei, todo gira en función suya, de su placer.

las bellas imágenes que con pocas palabras construye Baricco.

La joven miraba con violencia a Hervé cuando este relataba su vida a Hara Kei: sobre su esposa, el pueblo, los viajes. Mientras él hablaba, ella dibujaba en su mente cientos de cosas distintas. En este punto surge la nueva problemática que plantea Baricco: Hervé retornaba a casa con algo nuevo plantado en su memoria, los ojos de esa joven. Y en casa le esperaba una mujer abnegada, que soportaba el hecho de su ausencia casi permanente y que no podía darle hijos. Con todo, los primeros viajes resultaron exitosos, los huevos llegaron sanos y las hilanderías fueron prósperas, Hervé se vuelve rico y adquiere una propiedad con la idea de crear un parque. Cuando el autor escribe, e insiste, “sus ojos no tienen sesgo oriental, y su cara era la cara de una muchacha joven”, al referirse a la compañera de Hara Kei, nos conduce a algunas reflexiones: por ejemplo, no era de la región y era muy joven para Hara Kei. En parte, eso explica su comportamiento, no lo justifica, pero sí ayuda a entender los diferentes contextos.

En el transcurrir de la novela queda al descubierto el ambiente de vida de Hara Kei, todo gira en función suya, de su placer. Habita un lugar en los extramuros del mundo, lejos de la modernidad, apto para gente contemplativa, amante de la naturaleza, “comía en soledad, a la sombra de

un árbol con flores de colores”, donde los cambios no son abruptos como en las grandes ciudades. En efecto, el mismo texto comprueba la reflexión planteada con antelación, cuando Hervé interroga al inglés, comerciante también, pero de armas: “¿conocéis a una mujer joven, creo que europea, blanca, que vive aquí?”. La joven era una de las amantes de Hara Kei como lo confirma la línea: “los hombres orientales, para honrar la fidelidad de sus amantes, no solían regalarles joyas, sino pájaros refinados y bellísimos”. Este hombre los había hecho traer de todas partes del mundo. Para Hervé eso no era vida, sino teatro.

Luego de este hecho aparentemente insignificante, pero que permite entrever que la joven ocupaba un lugar en apariencia privilegiado, comienza un flirteo más cercano cuando Hervé toma su baño. Es importante destacar el lenguaje poético que emplea Baricco aquí, en especial para referirse a los momentos más cercanos entre los dos jóvenes: “se puso a observar la luz que temblaba, borrosa, en la lámpara. Y, con cuidado, detuvo el Tiempo durante todo el tiempo que lo deseó”. ¡Bello!, instala sutilmente en el lector las imágenes como si fuesen vívidas.

Cuando toma este baño, la joven le entrega una primera nota, cuya escritura él no sabe lo que significa. De retorno al pueblo, en Francia, busca a madame Blanche, mujer japonesa, rica, propietaria de un burdel, quien le traduce el escrito: “Regresad o moriré”. La mujer le advierte que no morirá si él no regresa, como si le insinuara de las implicaciones de su insistencia. Pese a la advertencia, Hervé retorna. En esta etapa, a la mitad de la obra, nuevamente los ojos y las miradas son los encargados de dilucidar todo lo que acontece dentro de los personajes: “mil veces buscó los ojos de ella y mil veces encontró los suyos. Era una especie de triste danza, secreta e impotente [...]. Y

ella tenía en los ojos una especie de febril alegría”. Aquí se ratifica la personalidad de Hervé planteada al inicio, la facilidad con que Baldabiau lo convenció de viajar: “En la oscuridad, no importaba amar a aquella joven y no a ella”.

Seda es de alguna manera la naturaleza humana: “Damos todos asco. Somos todos maravillosos, y damos todos asco”, pero también es un Hervé que no tiene claro lo que quiere. Lo cual es comprensible, en este estadio de la novela, si se tiene en cuenta la edad del joven (33). La construcción del personaje es impecable, Baricco apuntó muy bien y mostró a un niño que quiere todo y con nada se compromete: el papá iba a decidir por él, luego a Baldabiau no le costó trabajo convencerle, viaja por la joven sin tener que hacerlo y termina en brazos de alguien que no conoce, por lo que se vuelve un sujeto melancólico. La fuerza de la novela recae indiscutiblemente en Hervé, en su falta de carácter, más que en Hélène o la joven; asimismo, su comportamiento es más reprochable que el de cualquiera.

Cuando Baldabiau hace referencia a Luis Pasteur, Baricco ubica al lector en un espacio y tiempo —ya se había mencionado— y en una problemática que influyó en el desarrollo del comercio, en la economía y el estado del gusano de seda. Entre realidad y ficción, relata la importancia de los estudios de Pasteur en este sentido: “distinguir los huevos enfermos de los sanos”. No sabe curarlos, pero puede aislar los sanos. Este acontecimiento real se suma a otro tan real como la guerra en Japón, un país encerrado en sí mismo, que se mueve entre el papel del feudalismo que estaba por abolirse y la figura del samurái y el emperador, espacio en el que, precisamente, la obra continúa desarrollándose.

En casa, Hervé ha cambiado y su mujer lo sabe. Insiste en emprender un nuevo viaje para aprovechar la problemática de la

epidemia que crece, ya que conoce la realidad de la guerra en Japón. De esta manera, con la excusa de que esos huevos son sanos, retorna y encuentra devastación: la guerra en su verdadera magnitud. Lo que había visto ya no existe, toda la aldea de Hara Kei ha partido; sin embargo, mientras revuelca entre los escombros, aparece un jovencito y le entrega el guante que días atrás había dejado para la joven a la orilla del lago. Usa el catalejo con el que visualiza el cortejo que se aleja e insiste en llegar hasta ellos, pero es encontrado y detenido por hombres de Hara Kei, quien le advierte: “Aquí no hay nada para vos [...]. La guerra es un juego caro”. En efecto, esto le costó la vida al chico, pues una de sus leyes dictaba “condenar a muerte un hombre por llevar un mensaje de amor de la propia ama”. Entonces, fue colgado de un árbol.

Una frase muy bella que emplea Baricco gira en torno a este hecho con el chico: “No llevaba mensajes de amor consigo. Él era un mensaje de amor”. Hara Kei le apuntó a la cabeza a Hervé y le solicitó que se marchara, que no regresara. Además, la demora afectó su carga. La esposa pensó que había muerto y él, aterrado de lo que había pasado, se aferró a ella y no quería que lo soltara. Esta imagen es muy bella, en el sentido de que Baricco se limita a escribir: “Quédate conmigo, te lo ruego”. La cantidad de conflictos internos del personaje se reduce a esta mísera frase, que aguarda todo un infierno de penuria, imposibilidad, remordimiento, culpa, etcétera. Como más adelante lo relata el autor: “Tiene algo dentro, una suerte de infelicidad”. Es asombroso.

Qué dura lección: “morir de nostalgia por algo que no vivirás nunca”. Nada más desgarrador y más humano que cuando Hervé le cuenta la verdad a Baldabiau. También cuando su esposa, al intuir la realidad, escribe una nota y se hace pasar por la

joven describiendo casi textualmente lo que él había vivido. Blanche le contó a él lo que ahí decía, entre otras cosas: “Y no dudéis un instante, si fuese útil para vuestra felicidad, en olvidar a esta mujer”. Con el tiempo recobró la calma, pero años más tarde Héléne enfermó y murió. Esta parte es muy significativa: en “el cementerio acudió toda Lavilledieu: porque era una mujer apacible, que no había sembrado dolor”. Acá radica la genialidad de Baricco: una frase encierra una cantidad de información que se omite, pero que el lector sabe que está ahí, porque los demás acontecimientos generan alternamente el resto del relato que él deja de contar. Ya todos sabemos qué clase de esposa tenía, dadas la actividad económica y forma de ser de Hervé, además del papel de la mujer en el siglo XIX. La obra finaliza cuando Hervé descubre que la segunda nota que recibió fue escrita por su esposa con ayuda de Blanche. Ella quería ser esa mujer que lo tenía desubicado. Ya solo, no vuelve a irse del pueblo y se convierte en narrador de sus propias historias: hizo lo que hace un narrador, mirar y decir de lo que otros no ven.

Hay detractores y defensores de la obra. Baricco es tildado de facilista por su economía en el lenguaje; hasta perezoso le han llamado. Este hombre, nacido en Turín en 1958, dedicado a la literatura, el cine, el teatro y la televisión, creador de la Escuela Holden para escritores, no puede ser un perezoso. *Seda* es un libro delicado, lento pero veloz, porque con pocas palabras, abarca cientos de situaciones de un solo ser

humano (personajes) y las hace vívidas, sin mencionarlas. Esa tarea es un legado para el lector —lo cual es fascinante—, quien termina de construir a su manera cada personaje o por lo menos lo intuye.

Esta es una lectura deliciosa, con unos personajes bien definidos, unos espacios muy poéticos y una trama que enmarca la naturaleza humana, las debilidades y el precio de las mismas. La repetición no es incómoda: hace énfasis en el personaje, como en el caso de la joven, por ejemplo; en el significado de los viajes; y en la idea de la mirada (los ojos), en el sentido de que hablamos con todo el cuerpo, sin que se escuche la voz. Por esta razón, el hecho de que nos lean mal tiene implicaciones importantes. Mirar a alguien a los ojos es decirle: yo creo y confío en lo que tú haces y dices, no tiene que ver exclusivamente con el deseo físico. También se puede ver la generosidad o la maldad de una persona, el odio o el resentimiento, la alegría y la tristeza, el miedo, la soberbia, el orgullo, la mentira, el agradecimiento, el afecto. Todas las emociones pasan por los ojos, por todos los sentidos. Cuando se entra en contacto real con los ojos de las personas, alcanzamos a reconocer qué habita en su corazón: humanidad o indiferencia. Finalmente, también se puede tildar al autor de desubicado en el tiempo: eso es precisamente lo que lo hace fascinante, que no se apega a esos ideales, porque para él la literatura es un eterno presente, su tema es tan actual como hablar del matrimonio gay. ■

DIANA PATRICIA JARAMILLO PEÑA